

## Capítulo VII

## La guardia de seguridad

**C**ONTRA lo que D.<sup>a</sup> Beatriz se había figurado, no pasó mucho tiempo de la marcha del supuesto criado de los Alva, sin que se oyese el ruido de pasos de un buen número de personas que entraron en el zaguán de la casa.

María, la esposa de Gonzalo, había ya vuelto en sí y encontrado cierto bienhechor y relativo consuelo en verter copiosas lágrimas en brazos de D.<sup>a</sup> Beatriz.

La cariñosa elocuencia de ésta, inspirándose en la idea cristiana y llamando en su apoyo todo el maternal amor de María hácia su hijo, bálsamo fué que amortiguó el dolor de las heridas que afligían su corazón.

Completó su caritativa obra el hijo de María despertando como luz que brilla en medio de cavernosa oscuridad.

Ajeno á la tragedia que en su torno se desarrollaba, el niño tendió sonriendo sus miradas y bracitos á la madre, que secó sus lágrimas al fuego de su inmenso amor.

¡Con cuán dulces palabras le habló ni más ni menos que si pudiese comprenderlas!

¡Cómo trató de convencerle de que elevase á Dios su alma angelical, y pidiese gracia y remedio para sus padres y amigos!

¡Cuánto le habló del poder omnipotente de Dios y del agrado con que escucha la oración de las almas limpias de toda falta!

Por último descolgó de la cabecera de la cuna el hermoso Crucifijo de ébano y bronce dorado, regalo de Fray Martín de Valencia, y poniéndosele entre las manos, le hizo que le besara repetidas veces, á lo cual accedió el niño sonriendo y gorjeando como un pajarito.

—Bésalo, hijo mío, bésalo; es la imagen de tu Dios y santa reliquia de un santo y justo varón! ¡Quiérello, hijo mío, y él hará contigo el milagro que hizo en manos de Fray Martín; así como con él domesticó á los perros de Peralmíndez, así con él domaremos también á nuestros enemigos!

Nuestros lectores no habrán olvidado el hecho á que la antigua Xochitl se refería.

Le describimos en un capítulo del libro anterior y volvimos á referirnos á él no hace mucho.

Peralmíndez había querido adiestrar á sus perros en la caza de indios.

Fray Martín consiguió domesticarlos é impidió que aborreciesen á los naturales.

Agradecidos al custodia de los franciscanos, tal cariño le tomaron los citados perros, que cuando les mostraba el Crucifijo de su rosario, se echaban en tierra, en ella hundían su hocico y cesaban de ladrar.

María creía en su fervorosa fe que un Crucifijo que tal



efecto causaba en los animales, no sería menos eficaz contra los hombres.

Esta fe muy natural en los cristianos buenos y sencillos, era mucho mayor aun en la inocente María.

Recién convertida á la religión católica, tanto la seducía la doctrina evangélica, que no dudaba de nada que con ella pudiera relacionarse.

Tenia la fe que alegóricamente traslada los montes.

Como buena creyente, no concebía prodigio que no pudiera verificarse por la intercesión de las santas imágenes.

Poniendo, pues, en manos de su hijo el Cristo de Fray Martín, le creía á salvo de todo peligro.

Y como Dios no deja de premiar los actos de verdadera fe, no había de dejar los de la sencilla María sin el premio correspondiente.

Nadie hubiera podido convencerla de lo contrario.

D.<sup>a</sup> Beatriz no estaba tan segura como su amable compañera en la fuerza de su fe.

Por lo tanto, con irrimedible terror, escuchó los pasos del grupo de hombres que vimos penetrar en el zaguán al principio de este capítulo.

—¿Quiénes serán?—se preguntó á sí misma.

No tardó mucho en saberlo.

Hernán López se presentó en la puerta de la sala, solicitando venia para entrar.

—¿Quién sois?—inquirió D.<sup>a</sup> Beatriz cada vez más intranquila y temerosa.

—Un amigo y humilde criado de Pedro Almíndez Chirinos, gobernador.

—¿Y qué es lo que aquí buscáis?

—Vengo, señoras, á cumplir una grata comisión.

—¿Cuál es ella?

—Peralmíndez ha sabido con pesar la dolorosa escena ocurrida en esta casa pocas horas hace, y el desamparo en que habéis quedado.

—Dios está con nosotras, caballero.

—Lo sé, y por eso sin duda ha movido á Peralmíndez á reparar en cuanto le sea dable la conducta hasta cierto punto injusta de su compañero Gonzalo de Salazar.

—¿Hasta cierto punto, decís?

—Sí, señora; cegado Salazar por su ferviente celo en el servicio de S. M., no vió que vosotras, señoras, no teniais por qué sufrir las consecuencias de la rebelión de los Alva y Silva contra el rey.

—¿Rebeldes decís?

—Rebeldes, sí señora, pues trataban nada menos que de proclamar la independencia de estos reinos, reponiendo en el destruído trono de los reyes aztecas á un príncipe indígena.

—Os han engañado, señor...

—Hernán López, señora para servirlos.

—Pues bien, Hernán López, os han engañado.

—Pudiera ser; pero como tales rebeldes han sido denunciados á los gobernadores.

—Bien está, no es á nosotros á quienes corresponde aclarar este asunto. Servíos, pues, deciros qué comisión os ha sido dada cerca de nosotras.

—En primer lugar la de ponerme á vuestras órdenes, y en segundo la de guardar y custodiar esta casa.

—¿Y si yo os suplicase que os retiraseis con vuestros soldados?..

—No podría obedeceros, señora, — contestó Hernán López interrumpiendo á D.<sup>a</sup> Beatriz; — pues si bien por



la primera cláusula de mis instrucciones estoy obligado á obedeceros, por la segunda me hallo imposibilitado á retirarme.

—Algún nuevo lazo habéis venido á tendernos,—observó D.<sup>a</sup> Beatriz entre colérica y asustada.

—Lejos de ello, señora, he venido á evitar que alguno se pueda tenderos.

—¿Acaso tenemos algún otro enemigo, que no sean el uno y el otro gobernador?

—El cargo que les hacéis, permitidme deciroslo, es injusto.

—Yo sé mi cuento y os dispenso la inoportunidad de la advertencia.

—Señora...

—¿Puedo, si lo quiero, salir ahora mismo de esta casa?

—Si consentís en que yo os acompañe á donde queráis ir, no hay en ello inconveniente.

—¿Y sola no?

—Sola no, señora.

—¿Es decir que estamos prisioneras en nuestra propia casa?

—Prisioneras no, pero sí custodiadas.

—Bien está, es lo mismo. Una última pregunta: ¿estamos obligadas á permitir que estéis también en la misma habitación que nosotras ocupamos?

—No, señora, y si así lo mandáis, me retiraré inmediatamente y aun podréis cerrar las puertas de vuestras habitaciones; yo no debo pasar del patio y del zaguán.

—Os lo agradezco y os doy permiso para retiraros.

Hernán López se mordió los labios, pero inclinándose respetuosamente, saludó y se retiró.

—D.<sup>a</sup> Beatriz cerró por dentro la puerta de la sala y las

de las demás habitaciones, y volviéndose al lado de María, exclamó:

—¡Amiga mía, estamos perdidas!

—¡Perdidas!

—Sí.

—Explicaos.

—Antes de que volviéseis de vuestro desmayo, envié á uno de vuestros criados á llamar á nuestro auxilio á don Martín Tezomotli. Si por desgracia le encuentra, si aquí le hace venir, se perderá sin remedio; los soldados de Peralmíndez no son menos crueles que los de Salazar.

Las dos jóvenes discutían y discurrían sobre este asunto, cuando hacía el lugar destinado en la casa á la cocina, escucharon un ruido que las alarmó.

Alguien se había introducido en ella descolgándose por alguna de las aberturas destinadas á la salida del humo.

Distintamente habían oído caer la tierra y las piedras.

Así había sucedido en efecto, y pronto se confirmaron en sus temores al oír los pasos de alguien que se acercaba.

Iban á gritar, cuando D. Martín Tezomotli penetró en la sala imponiéndoles silencio.

Difícil les fué obedecerle, pero la solemnidad del momento hizo que triunfasen de la dificultad.

—Uno de mis buenos amigos me ha enterado de las tropelías de que esta casa ha sido objeto esta tarde. Todo lo sé y aunque tarde, en vuestro auxilio vengo.

—¡Loado sea Dios! — exclamó D.<sup>a</sup> María postrándose en tierra y besando el Crucifijo de Fray Martín.

—Al ir llegando á esta casa distinguí á los soldados que la custodian, y con mil dificultades logré treparme sin ser



visto á las azoteas y destruyendo una parte de ellas penetrar hasta aquí. ¿Sabéis quién manda la guardia?

—Hernán López, según el propio me ha dicho.

—¡El villano cómplice en las infamias de Peralmindez! le conozco bien.

—¿Pero quién te ha enterado de lo que nos pasa? ¿Has recibido el recado que te envié al jacal de Ixtapalapa con un criado de Alva?

—No; no le he recibido; en toda la tarde de hoy, y lo que va de noche, no he estado por allá. Pero no son estas aclaraciones lo que ahora nos importa, sino el ponernos en salvo.

—¿Pero cómo?

—¿Os arriesgáis á salir por el mismo sitio por el que yo he entrado?

Antes de que las dos mujeres hubieran podido contestar, un ruido en todo semejante al que precedió á la entrada de Tezomoti en la sala, puso en alarma á nuestros tres personajes.

Accediendo á las súplicas de las dos mujeres, Tezomoti consintió en ocultarse tras de la cuna del hijo de Gonzalo de Alva.

No pudo hacerlo más á tiempo.

El mismo Hernán Pérez se presentó diciendo:

—Excusadme, señoras, pero hace unos momentos me pareció escuchar en la azotea ruido de pasos; trepé á ella, y á poco andar, descubrí una horadación por la cual, no me cabe duda, un hombre se ha introducido; ignoro quién sea, pero importa á vuestra seguridad y al cumplimiento de mi obligación el encontrarle. Por eso he venido á dar hasta aquí.

—Pues buscadle en las otras habitaciones,—dijo doña

Beatriz con mal fingida serenidad;—pues en la que estamos no ha entrado.

—¿Pues qué, señora, nada habéis sentido?

—Nada más que el ruido que hicisteis al descolgaros por esa que llamáis horadación y que es sólo un derumbe producido por las lluvias en la azotea mal construída de esta casa.

—Pues puedo aseguraros que por ese mismo lugar, y no mucho antes que yo, otro hombre ha penetrado en esta casa.

—Nada hemos sentido.

—Razón de más, para que yo insista en obtener vuestro permiso, para registrar esta habitación; sin duda os habréis dormido...

—No, Hernán López; no se duerme con guardias como la vuestra.

—Señora, podría tomar á ofensa vuestras palabras, pero soy caballero y otros antes que yo lo han dicho; manos blancas no ofenden.

—Os lo agradezco, y suponiendo que en todo seáis tan caballero como mostráis serlo, os suplico y espero que os retiréis.

—Lo haré después de haber registrado.

—Hernán López...

—Señora, soy soldado y mi obediencia de tal, me exige cumplir con mi deber. Hacedos, pues, á un lado ó me veré en la precisión de pasar sobre vuestro mismo hermoso cuerpo.

—¡Miserable!—exclamó Tezomoti no pudiéndose contener, y dejando su escondite con su espada española desnuda.

—¡D. Martín Tezomoti! —exclamó á su vez Hernán



López, tirando de la suya y retrocediendo hasta la puerta de la sala, cuyos cerrojos interiores descorrió gritando al abrirla:

—¡A mí, mis valientes, contra el rebelde!

Cuando Tezomotli, saltando como un tigre vino á caer sobre Hernán López, su espada chocó contra la muralla que le oponían los hierros de las lanzas y las hojas de los soldados de Peralmíndez.

María y D.<sup>a</sup> Beatriz corrieron á defender á Tezomotli, y ante él formaron con sus hermosos cuerpos otra muralla, que mantuvo un instante inmóvil la formada por los enemigos.

#### Capítulo VIII

### Veintiseis contra uno



QUELLA detención fué enteramente momentánea. Tezomotli obligó á las dos mujeres á permitirle usar de toda libertad en sus movimientos sólo con decirles:

—He venido á salvaros: no vayáis á hacer que perezca inútilmente.

Y apenas se vió por ellas obedecido, su espada giró en rápido molinete y apartando con la violencia de sus golpes las de sus contrarios, su hoja bien templada fué á hundirse en el cuello de Hernán Lopez, causándole una herida que, por haber cargado demasiado al lado izquierdo, no puso en peligro su vida, aunque sí le produjo tan agudo dolor que le obligó á suspender su parte en el combate y á llevarse la mano á la herida.

La guardia cargó entonces sobre Tezomotli en tan cerrado grupo que le precisó á retroceder algunos pasos.

Pero saltando de nuevo y de nuevo también agitando



su espada en vertiginoso molinete, dos veces la hundió en el pecho de otros tantos enemigos que vinieron á tierra quedando fuera de combate.

Hernán López, que á falta de mejor lienzo había enrollado á su cuello la banda de seda de capitán, entró de nuevo en el combate cuando ya D. Martín había mal herido ó muerto á otros cinco soldados.

Diestro y experimentado en el manejo de la espada y encontrando ya algo cansado á su valeroso enemigo, Hernán Lopez trenzó de tal modo su hoja con la de Tezomotli que la de éste, palanqueada entre la cruz y la taza de la de su contrario, se partió en dos pedazos, disparándose con tal fuerza la porción rota, que fué á clavarse en el vientre de otro soldado que cayó lanzando un último gemido.

Tezomotli tomó la lanza del infeliz que acababa de caer, y blandiéndola con ambas manos la descargó sobre el grupo enemigo con violencia tal, que cinco de ellos se doblegaron bajo el golpe, que dejó sin vida á cuatro.

En cortos momentos Tezomotli había inutilizado ó muerto á diez enemigos.

Quedaban quince todavía y aparte su capitán Hernán López; un tanto desmoralizados los primeros, que eran naturalmente los ménos animosos, y habíanse conservado en las últimas filas; firme y resuelto el segundo á no sucumbir ante un solo enemigo, siquiera fuese tan notablemente valeroso y esperto como Tezomotli.

Este, por su parte, estaba rendido de fatiga y mal herido en el hombro izquierdo.

Pero aun podía dar mucho que hacer á Hernán López, y sobre todo su ánimo y valor crecían con sólo considerar que no ya á sí mismo sino á su amada y á su an-

tigua Xochilt, podía salvar ó perder con su victoria ó su derrota.

Hizose, pues, de la espada de uno de los muertos y volvió á la vida, no tan ligero y rápido como al comenzarla, pero sí no menos seguro y certero en sus golpes, con los cuales mató dos soldados más é hirió gravemente á Hernán en la muñeca derecha, obligándole á soltar el arma.

La rabia de su derrota y la admiración que á su pesar sentía hacia su contrario, le impulsaban por una parte á seguir combatiendo y por otra á dejarle en libertad de ponerse en salvo.

Pero triunfando en el peor de sus impulsos, pasó su espada á la mano izquierda, y ya que no pudiese emplearla en arremeter, procuró que los trece soldados que le quedaban cargasen sobre D. Martín.

Pero en vez de obedecerle su gente, que toda estaba herida, comenzó á retroceder y al fin se puso en fuga.

Tezomotli pudo haber muerto á Hernán López casi impunemente, pero no quiso hacerlo y le consintió retirarse.

El combate había concluido.

Ya era tiempo.

El valeroso indio, herido, como dijimos, en un hombro, sufría horribles dolores que le atormentaban espantosamente.

Conteniéndose cuanto pudo, pasó á la habitación á que se habían retirado D.<sup>a</sup> Beatriz y María con su hijo.

Al abrir la puerta las encontró formando un grupo encantador.

D.<sup>a</sup> Beatriz en pie y con las manos juntas sobre su corazón, levantaba al cielo sus ojos impregnados de lágrimas.



María estaba arrodillada á sus piés y mostraba á su hijo el Crucifijo de Fray Martín y en su auxilio invocaba el favor de Dios y de la Virgen.

El niño sonreía con infantil inocencia, ajeno á todo pesar ó temor.

Al ver entrar á Tezomoti, D.<sup>a</sup> Beatriz se arrojó en sus brazos ébria de gozo al verle salvo.

María fué también hácia él, y tomándole una mano, se la besó repetidas veces en prueba de gratitud.

El niño le sonrió con mayor dulzura, regalándole con sus más tiernos gorjeos.

—Es necesario huir,—les dijo Tezomoti en cuanto le fué posible hablar.

—¿Acaso estamos libres?—preguntó María con supremo gozo.

—Si lo estamos, si sabemos aprovechar los momentos.

—Dispon lo que gustes.

El dolor de las heridas, que iba siempre en aumento, impidió á Tezomoti pronunciar palabra alguna.

Lo observó D.<sup>a</sup> Beatriz, y entonces fué cuando cayó en la cuenta de lo que podía haber sucedido.

—¿Estás herido?—preguntó.

—Lo estoy,—respondió casi sin saber lo que contestaba.

María dejó en la cuna á su hijo y acudió á prestar su ayuda á D.<sup>a</sup> Beatriz, que estuvo á punto de desmayarse al descubrir la herida que tenía bañado en sangre á su generoso defensor.

En pocos momentos las dos mujeres hicieron cuanto estuvo á su alcance para aliviar á su amigo.

La sangre se contuvo con bastante facilidad y la herida quedó diestramente vendada con finos lienzos.

En esta operación se empleó poco más de un cuarto de hora.

Tezomoti pensó que el tiempo transcurrido había sido el bastante para que Hernán López pudiera haber enviado contra él otra compañía de soldados de refresco.

Así era la verdad.

En consecuencia, notando que nadie se había presentado, concibió la esperanza de que no queriendo ser menos generoso que él lo había sido, Hernán López iba á dejarle libre el resto de la noche.

Tampoco en esto se engañaba.

Hernán Lopez había entrado en las casas de Hernán Cortés y en la habitación de Peralmíndez, quien en aquellos instantes conversaba con Salazar.

Su entrada fué acogida con una exclamación de sorpresa, lanzada á la vez por los dos gobernadores.

Hernán estaba materialmente bañado en sangre.

—¿Qué te ha pasado, Hernán Lopez?—preguntó Peralmíndez.

—Casi nada,—respondió el preguntado con natural buen humor;—que vengo degollado y manco, aunque afortunadamente á medias nada más.

—Pero D. Martín Tezomoti ¿dónde está?—preguntó á su vez Salazar, atento sólo á aquello que le interesaba.

Hernán oyó esta pregunta con manifiesto disgusto y contestó con altivez:

—Quien pudo herirme, como me ha herido, á mi que paso y me creo por el más diestro jugador de espada que ha venido á estos reinos, claro está que no se ha dejado prender.

—¿Le has muerto?



—¡Libreme Dios de cargar sobre mi conciencia el delito de haber muerto á un hombre tan valiente!

—Tu respuesta nada dice; ¿ha muerto? esto es lo que importa y así le haya matado el diablo.

—No, no ha muerto, aunque tiene sobre el hombro izquierdo el peso de una estocada mía, que á fe que son pesadas.

—¡Entonces vive y está preso!—dijo Salazar impaciente.

—Vivo puede que lo esté; preso no.

—Entonces...

—Se ha fugado, pero no como un cobarde, sino como un valiente en toda la extensión de la palabra, ¡vive Dios!

—¿Y así te atreves á decirnos que te se ha fugado?

—¡Por qué no he de decirlo si estoy satisfecho de haber hecho cuanto pude y debía para impedirlo?

Salazar se puso lívido de coraje, y con la violencia natural en su carácter, exclamó:

—¡Eres un cobarde!

Hernán López soltó una sonora y burlona carcajada de desprecio y contestó:

—Agradece, Salazar, á Tezomotli, que su espada me haya inutilizado la mano derecha, pues si así no fuese, ¡vive Dios! que con ella te habria, en el primer impetu, cruzado la cara.

Salazar quiso, ante insulto tal, tomar su espada, pero se lo impidió Peralmíndez deteniéndole el brazo y diciéndole:

—Tú le ofendiste primero llamándole cobarde; no tienes razón para enojarte con el mejor y más fiel de nuestros amigos.

—Gracias, Peralmíndez,—observó Hernán López reconocido,—no has dicho más que la verdad; pero aun así y todo, te lo agradezco.

—Dispénsame, Hernán,—dijo á su vez Salazar,—todos tenéis razón, pero sabes bien lo que me importaba hacerme de ese hombre, y no he sabido contenerme.

—Estás dispensado, Salazar; pero créete que no es tan fácil como te parece habérselas con un hombre como el príncipe indio.

—¿Pero qué se han hecho los veinticinco que llevaste?

—Trece huyeron, créelo, Salazar, con sobrada razón: de los doce restantes, ocho cuando ménos, han terminado la carrera de su vida, y los otros cuatro, quizás no tarden en seguir á sus camaradas. En cuanto á mí, tengo una herida regular en el cuello y otra mucho más seria en la muñeca derecha. Todo esto lo hizo D. Martín solo y con lo que tuvo á mano, pues yo le partí en dos su espada casi al principio del combate, por medio de un recurso que os enseñaré, pues es muy curioso. Ya veis que si no he preso á Tezomotli, es porque él no se ha dejado prender.

Aquí llegaba Hernán, cuando en la puerta del despacho de los gobernadores se presentó, pudiera decirse que un cadáver.

Era uno de los soldados heridos por Tezomotli, en el combate que dejamos descrito.

Tenía atravesado el pecho y con sus manos procuraba contener la sangre que brotaba de las heridas.

Con voz que por instantes iba apagándose, refirió con cuánta dificultad había hasta allí llegado, y avisó que Tezomotli se encontraba aun en la casa de los Alva, casi espirando, pero vivo aun.



Apenas supo esto Salazar tomó su espada, y como una exhalación salió del despacho dando voces para poner en pie á su guardia.

—¡Habias mentido!—exclamó Peralmindez, dirigiéndose á Hernán.

—Si,—contestó éste,—porque Tezomoti es un valiente digno de toda consideración y respeto por parte de un caballero. Pero este miserable ha inutilizado mi generoso impulso.

Y al decir estas palabras se dirigió al soldado, y cogiéndole por el cuello con su mano izquierda, le sacudió con ira contra la pared y con el golpe acabó de quitarle la vida que le quedaba.

## LIBRO VI

### EL CRISTO DE FRAY MARTIN